

I



Cuando la casa se quedaba en silencio por las noches y solo se escuchaba el murmullo de los grillos, Raquel, niña asustadiza, se deslizaba sigilosa por el pasillo como una sombra gatuna. Se metía en la habitación de sus padres y se quedaba con ellos hasta que el sueño la vencía. Entonces su padre la llevaba a su cuarto, y al amanecer la niña despertaba sorprendida al encontrarse de vuelta en su propia cama. Una noche, a comienzos del verano, Raquel creyó oír los gruñidos afilados de un gran monstruo peludo debajo de su cama y se fue corriendo al cuarto de sus padres a conjurar sus miedos. Su madre decidió inventarse una historia para dormir a Raquel, y hacer que se olvidase de aquel monstruo que tanto la angustiaba:

—Había una vez un hombre que tenía dos corazones —le dijo a su hija.

—¿Uno a cada lado? —preguntó Raquel con curiosidad. La niña ya se había olvidado del bicho peludo que tanto miedo le causó minutos antes, y buscaba acomodo en la almohada de su madre para escucharla mejor.

—No, los dos pegaditos uno junto al otro en el lado izquierdo. Parecían un gran corazón, pero en realidad eran dos corazoncitos. Cada uno latía al compás que le daba la gana y, a veces, el pobre hombre se acaloraba porque le latían muy deprisa y le entraban sudores fríos y se cansaba.

—¡Pobre señor!

—Sí, la verdad es que estaba un poco preocupado porque los dos corazones nunca se acompasaban. Jamás latían de amor por la misma persona, no había manera de ponerlos de acuerdo. Eso le creaba muchos sobresaltos que le robaban el sueño, le quitaban el apetito y le tenían siempre de muy mal humor. Aquel hombre al que le latían dos corazones fue a visitar a un doctor muy reconocido, con la esperanza de que le ofreciera una solución que le ayudase a tener una vida normal, sin tantos latidos. Los otros médicos le habían aconsejado que dejase las cosas tal y como estaban, que era mejor no operar y acostumbrarse a una vida con dos corazones: aprender a querer doblemente, apasionarse dos veces por todo y aceptar de una vez que los asuntos del corazón son el doble de complicados cuando hay dos corazones. Pero el hombre pensa-

ba que tenía que existir alguna fórmula que le permitiese domesticar a sus dos corazones, o al menos enseñarles a convivir. Los pulmones, por ejemplo, sabían cada uno estar en su sitio, compartían sin problemas el mismo aire que les entraba y salía por la nariz y por la boca; los ojos jamás se contradecían, y los oídos siempre prestaban la misma atención. A la pierna derecha nunca se le ocurría hacerle una zancadilla a la pierna izquierda, y las dos manos se sincronizaban muy bien para cocinar, tocar el piano u ordeñar a las vacas. El hombre le contó a aquel famoso doctor su complicada situación. El doctor, que además era cirujano, tenía mucha experiencia separando hermanos siameses que habían nacido pegados por la espalda, por la cabeza o por las manos. Pero jamás se había enfrentado a dos corazones enredados en un mismo pecho. Después de escuchar con detenimiento el jolgorio de latidos de aquel hombre y tomar varias páginas de notas, le preguntó qué había pasado con su hermano.

«¿Con mi hermano?», respondió el hombre. «¡Pero si yo no tengo hermanos!», exclamó extrañado.

«Mi querido paciente, uno de los corazones que tiene, obviamente, es de un hermano suyo», le replicó el doctor con absoluta convicción. «Le tendrá que preguntar a su madre sobre los pormenores de su nacimiento.»

El hombre sintió en los dos corazones una leve punzada: «Nunca conocí a mi madre, me dejaron abandonado en un canastillo en la puerta de un convento».

El doctor puso un gesto serio y le sugirió que hablase inmediatamente con la madre superiora del convento y le pidiera detalles sobre su posible origen. Al día siguiente el doctor acompañó personalmente a su paciente al viejo convento. Quería encontrar las claves de aquel enigmático caso.

La madre de Raquel se quedó en silencio. Su hija dormía profundamente.

—Creo que es el momento de llevar a la niña a su cuarto —le dijo a Abraham, el padre de Raquel.

—Ahora la llevo —respondió Abraham—, pero antes termina el cuento.

—¿No estás cansado? —preguntó sorprendida la madre de Raquel.

—No —respondió Abraham con un susurro—. Tu cuento me ha desvelado y ahora tengo curiosidad por saber qué le pasó a ese hombre que tenía dos corazones.

Reyes, que era así como se llamaba la madre de Raquel, se sintió muy halagada por el interés de su marido y continuó narrando aquella historia recién inventada.

—Pues bien, el doctor y su paciente fueron recibidos en el convento por cinco monjas arrugaditas y diminutas. La madre superiora era la más vieja de todas, y aunque ya le fallaba muchas veces la memoria, en seguida reconoció al hombre de los dos corazones: «¡Cómo no me voy a acordar de ti, si nos rompiste media vajilla y varias figuritas de barro del Belén! Menuda

vitalidad tenías. Eres un descastado, cuando te hiciste un hombretón dejaste de visitarnos.»

El doctor le explicó a la madre superiora las circunstancias de aquella visita y la anciana confirmó la teoría del médico. Les contó que en aquella cesta había en efecto dos niños gemelos, pero uno estaba muerto. Decidieron guardar en secreto esa muerte para ahorrarle la pena al niño que estaba vivo. El hombre de los dos corazones sintió una profunda tristeza y preguntó por el paradero de su hermano.

«Lo enterramos en el jardín de los girasoles, detrás del huerto», explicó la vieja madre superiora, «pusimos una losa blanca sin nombre y una pequeña estatua de un ángel».

El hombre de los dos corazones pensó con tristeza en la de veces que se había sentado a leer sobre esa losa durante los veranos de su infancia. Allí, sobre su hermano muerto, sin saberlo. El doctor pidió permiso para inspeccionar el jardín y, a ser posible, exhumar el cadáver de aquel bebé.

«Por Dios», dijeron las monjas, «¿para qué quiere incomodar a ese niño?».

El doctor les explicó que quería hacer un estudio de aquel cuerpecito y comprobar si aquel niño había nacido sin corazón.

«Pero doctor», dijo el hombre de los dos corazones, «el cuerpo de mi hermano a estas alturas debe de ser polvo».

«Uno nunca sabe realmente el proceso de descomposición de los cuerpos; a veces, el clima, la calidad del ataúd y otros factores ajenos a nuestro entendimiento intervienen.»

«Sí, los milagros», replicaron la monjas.

El doctor puso un gesto incrédulo y se encaminaron hacia el jardín de los girasoles. Allí estaba la lápida blanca, acompañada por la pequeña figura del angelote de mármol, verdecidas ambas por una finísima capa de musgo. El hombre de los dos corazones y el doctor se quedaron solos cavando la tierra. No resultó difícil levantar la lápida y abrir un foso. La tierra estaba blanda, demasiado blanda, pensó el doctor. Cavaron y cavaron, y no encontraron ni rastro del ataúd ni del bebé muerto. Ni el polvo blanquecino de los huesos, ni las astillas molidas, ni los clavos. Nada de nada. El doctor estaba sorprendido y el hombre de los dos corazones agotado de tantas emociones. En esto, se les acercó un hombre viejo que trabajaba en el convento haciendo arreglos y chapuzas, y que además cuidaba el huerto y el jardín.

«¿Les puedo ayudar en algo?», les preguntó.

El doctor le explicó que buscaban los restos de un bebé muerto que las monjas habían enterrado allí treinta años atrás.

«La tierra es demasiado blanda», replicó el jardinero. «Probablemente se lo llevó la corriente en la gran inundación de hace doce años. Todavía recuerdo ir a la ri-



bera del río a recoger restos de tejas, las herramientas del jardín e incluso esta losa y el angelote.»

El doctor escuchó con mucho interés al jardinero, que les seguía narrando los percances de aquella gran tormenta que duró doce días y asoló la región: «Seguramente los restos de aquel bebé se fueron por el río. Solo permanecieron las cosas pesadas que se quedaban en las orillas. Había de todo: muebles, cacharros, colchones, libros... Recuerdo que encontré una talla de madera tamaño natural, que seguramente era de algún paso de semana santa. Parecía un soldado romano que había perdido su uniforme. Pesaba mucho, porque era de madera maciza. Como nadie la reclamaba, me la quedé. La he vestido con mi ropa vieja y la tengo de espantapájaros en el huerto».

En ese momento uno de los corazones de aquel hombre comenzó a latir sin control.

«Ay, doctor», dijo el hombre de los dos corazones, «creo que uno de mis dos corazones se me va a salir por la boca».

El doctor miró hacia el huerto y vio a lo lejos un hombre vestido con harapos que les observaba.

«Ese es el espantapájaros», dijo el jardinero, «parece un hombre de verdad, pero es una simple talla de madera».

El doctor tomó del brazo al hombre de los dos corazones y caminaron hacia el huerto, donde estaba aquella imagen inmóvil al final de un gran plantel de

tomates. El doctor se acercó a la estatua, limpió su rostro, y vio en ella las mismas facciones, la misma mirada de su paciente: «Este es tu hermano», le dijo el doctor al hombre de los dos corazones, «ha crecido sin corazón, como un árbol silencioso, probablemente su sangre se transformó en savia, parece un hombre de madera de arce. Tu hermano, amigo mío, creció sin la pasión de los latidos, sin el aliento mecánico de nuestro pequeño reloj de pecho».

El doctor y el hombre de los dos corazones se llevaron aquella figura inerte de madera de arce al laboratorio del doctor. Decidieron no darle demasiadas explicaciones a las monjas, porque ellas solo entendían los milagros cuando sucedían, y el doctor sólo sabía dialogar con los resultados de los experimentos científicos. Ahora el doctor tenía que encontrar una fórmula que convirtiese la madera de arce en carne y huesos, que la savia volviese a ser sangre. Necesitaba devolver el corazón a su dueño, lograr que ambos hermanos tuviesen cada uno sus propios latidos. Pero la ciencia no había avanzado tanto, y el milagro ya había ocurrido cuando aquel bebé sin corazón fue capaz de transformarse en madera de arce y crecer bajo la tierra. El doctor, el hombre de los dos corazones y el hombre de madera de arce, reconocieron en silencio la imposibilidad de sus anhelos. El hombre de los dos corazones se llevó a su hermano a su casa, buscó el rincón más luminoso de su biblioteca, le rodeó de orquídeas, se preocupó de

regarlo, de leerle cuentos todas las noches. Le hablaba, le contaba sus miedos, sus sueños, sus ilusiones. Su hermano le acompañaba en silencio. Su quietud se fue transformando en serenidad. Su inmovilidad se vistió de paciencia. Los años pasaron, y ambos hermanos se sentían cada vez más unidos, más compenetrados, más vivos; y los dos corazones aprendieron a latir al mismo tiempo. Aprendieron a sentirse casi como uno solo, a compartir el trabajo de bombear la misma sangre, a descifrar el tiempo contando sus latidos.

—Es una pena que Raquel se haya quedado dormida— dijo Abraham mientras se incorporaba con la niña en sus brazos para llevarla a su cuarto.

—No te preocupes, ya se lo volveré a contar —respondió Reyes.

—Deberías escribir cuentos — añadió Abraham.

—No sé, creo que no podría —replicó Reyes en tono dubitativo—. Los cuentos se me van ocurriendo..., me los invento mientras los voy contando. Estoy segura de que si intento sentarme y escribir cuentos en serio me quedaré en blanco.

—Escríbelos después de haberlos contado. Los puedes anotar como si fuesen fragmentos de un diario. Es una lástima que tus cuentos se pierdan con la niñez de Raquel, y que luego, cuando crezca, no quede rastro de todas estas historias que inventas.